

LUGARES REALES Y LUGARES IDEALES. REALIDAD Y CONSTRUCCIÓN DE FICCIONES EN ARQUEOLOGÍA

Real places and ideal places. Reality and fictions construction in archeology

PEDRO V. CASTRO MARTÍNEZ*
TRINIDAD ESCORIZA MATEU**

A la memoria de Sana

RESUMEN En este trabajo pretendemos hacer un breve recorrido por los lugares a los que las ideologías han desplazado a las mujeres y a los hombres, por las realidades sociales y por las relaciones entre colectivos. Abordaremos ideologías feroces y formalizadas como programas de investigación arqueológica, o débiles, relativistas y escapistas, promovidas en discursos y sugerencias. El recorrido atraviesa espacios ideales de esas ideologías, pero también las prácticas reales que incentivan. Contraponemos esas ideologías que crean lugares ideales a la necesidad de conocer los lugares reales. El trabajo social, que otorga vida social a los objetos, y que produce la propia sociedad, es la clave para proponer una Arqueología Social, Materialista y Feminista, que cumpla ese objetivo. La visibilización de las mujeres en las sociedades del pasado es la exigencia derivada de esa propuesta. Éstas son las bases para el estudio de formaciones sociales concretas en el Sudeste ibérico y en las regiones costeras andinas, donde se desarrolla nuestra praxis arqueológica.

Palabras clave: Arqueología, Prehistoria, Sociedad, Feminismo, Materialismo, Ideología, Realidad.

ABSTRACT In this work we intend a journey through the places where ideologies have displaced women and men, social realities and relations among social groups. We talk about ferocious ideologies or formalized ideologies, as archaeological Scientific Research Programmes, or weak, relativistic and escapists, promoted in discourses and suggestions. Journey passes through ideal places for those ideologies, but also by the real practices that promote. We will contrast

* Grupo ACAIA. Departamento de Prehistoria. Facultad de Letras. Universitat Autònoma de Barcelona. 08193. Bellaterra, Barcelona. *Pedro.Castro@uab.es*.

** Grupo ABDERA. Departamento de Historia, Geografía e Historia del Arte. Facultad de Humanidades. Universidad de Almería. Ctra. Sacramento, s/n. La Cañada de San Urbano. 04120 Almería. *tescoriz@ual.es*.

Fecha de recepción: 01-12-09. Fecha de aceptación: 12-12-09

those ideologies that create ideal places, to the need to know the real places. To achieve that objective, social labour is the key to propose a Social, Materialistic, and Feminist Archaeology, because offers social life to the objects and produces social reality. Viewing the women in past societies is a exigency of that proposal. These are the bases for the study of concrete social formations in Iberian South-east and in Andean coastal regions, where we develops our archaeological praxis.

Keywords: Archaeology, Prehistory, Society, Feminism, Materialism, Ideology, Reality.

1. INTRODUCCIÓN AL PRESENTE

En los últimos tiempos, muchas de las recreaciones arqueológicas realizadas acerca de las sociedades del pasado dejan ver como sus guías han sido toda una serie de ideologías, trufadas de ensoñaciones y sumergidas en actitudes nihilistas, sexistas y oportunistas, alejadas casi siempre del conocimiento de la realidad que se pretende abordar. Sin embargo también cuando encontramos determinados fundamentos científicos, sobre todo en los análisis de los materiales arqueológicos, es patente la filtración de las ideologías que reproducen estereotipos y presupuestos incontrastables. Así, esas ideologías han construido lugares presentados como anodinos, felices o tenebrosos, en los que se pretende reubicar a las mujeres y a los hombres del pasado. Sólo algunos estudios científicos, partiendo de planteamientos materialistas, de posiciones críticas y, no cabe duda, de aportaciones feministas, han empezado a ahondar en la verdadera historia social. La historia real de las mujeres y los hombres, que los discursos sobre “lo prehistórico”, oficiales, axiomáticos, literarios o paracientíficos, han querido relegar a la oscuridad, ya sea considerándola inalcanzable, silenciándola en narrativas coloristas u ocultándola detrás de técnicas y análisis de última generación.

En este trabajo pretendemos hacer un breve recorrido por los lugares a los que las ideologías han desplazado a las mujeres y a los hombres, por las realidades sociales y por las relaciones entre colectivos. Abordaremos ideologías feroces y formalizadas como programas de investigación arqueológica, o débiles, relativistas y escapistas, promovidas en discursos y sugerencias de lo que sería idílico alcanzar y mostrar como socialmente relevante. Ahora bien, si insistimos en hacer un recorrido por estos lugares, en tanto que espacios, es porque en el mundo real los sujetos y los objetos ocupan un espacio físico, que lleva a su vez implícita la exclusión de otros sujetos y objetos. Una premisa que no podemos cuestionar desde la mecánica cuántica, porque estamos ante la realidad de las mujeres y los hombres, de su vida social y de su historia, y no ante la vida de las partículas. Sólo el trabajo y el tiempo modifican esa premisa y pueden entonces yuxtaponerse cuerpos, objetos, actividades y trabajos. En este sentido físico-social, el espacio requiere del tiempo para que podamos entender la realidad de la socialización de los lugares y de la estructuración de los espacios sociales, a la vez que nos permite un acercamiento veraz a los sujetos. Por lo tanto, podemos contraponer los lugares reales a los lugares ideales, el conocimiento de la realidad y la construcción de ficciones.

Intentaremos centrar nuestras reflexiones partiendo de una lógica que se ajuste a las realidades que podemos y queremos conocer. Para ello es imprescindible asumir

que la realidad no encaja en formulaciones esencialistas, identitarias y androcéntricas, sino que se configura como la convergencia de redes de relaciones sociales, de políticas con objetivos contradictorios y de concepciones del mundo (conocimiento y/o ideología) que pueden ser incoherentes entre sí, en la medida en que son construidas y sostenidas, solo por ciertos colectivos sociales y sexuales.

Pero es necesario “sumergir” este recorrido en el momento histórico que vivimos hoy. Un momento que continúa bajo la hegemonía de las políticas y las prácticas relacionales del *Capitalismo*, mostrando todas sus inconsistencias en forma de la llamada “crisis”, que, cuando menos, ha puesto en evidencia la ficción del circuito financiero y el simulacro de riqueza material imaginada en las décadas precedentes. El cinismo de economistas e ideólogos que se deslizaron sobre una distribución de riqueza simulada, se muestra desnudo al buscar justificaciones, soslayando la insostenibilidad de las formas de relación del *Capitalismo Global*, que sólo pueden recurrir a la resignación, el accidente imprevisible y los tambores de catástrofe. Ante estas circunstancias se utilizan estrategias como la de instaurar la idea de “normalidad” acerca de las etapas de sobreproducción-recesión y empobrecimiento cíclico, o la urgencia del recurso al estado como guardián del orden, en forma de ayudas a bancos y empresas multinacionales o en forma de acciones militares para asegurar el dominio de mujeres, hombres y territorios.

En estos momentos, la “crisis” más intensa debería ser la del pensamiento liberal (neoliberal en su etiquetado reciente), pero mientras no acaban de cuajar elaboraciones alternativas y se empiezan a renovar los paradigmas para legitimar el dominio del *Capitalismo Global*, seguimos bajo el peso de la ideología dominante en las últimas décadas, los *Postmodernismos*. Un marco ideológico que ha debilitado la historicidad y el tiempo, hasta el punto de convertir el pasado en una colección de imágenes fragmentarias, estereotipos y espectáculos diversos que por su trivialidad pueden “venderse” con facilidad tanto al público en general, como dentro de los propios salones académicos, donde en los últimos tiempos se prodigan en demasía empresarios, gerentes y mercaderes, no precisamente del saber y del conocimiento. De ahí, que creamos que es un buen momento para hacer un breve ensayo de recorrido por los diversos *Topos* que configuran el pensamiento, la práctica y la experiencia arqueológica.

Finalmente, por nuestra parte, insistiremos en que cuando trabajamos en arqueología, hacemos ciencia social, porque nos interesa la historia de los sujetos sociales, de los colectivos de mujeres y hombres y no sólo de los objetos. Por eso, quienes comparten ese interés, deberían entender nuestra urgencia de rescatar a las mujeres y los hombres del lugar de los objetos, de la cosificación a la que muchos enfoques filosóficos, sociológicos e históricos los han reducido, del silencio y la negación que ha impuesto la expropiación del saber y la alienación de la conciencia colectiva ejercida en beneficio de grupos dominantes, que mantienen su ciencia y su conciencia prácticamente intactos. Si subrayamos el protagonismo de mujeres y hombres es porque somos los sujetos de la historia, sujetos reales y no proyecciones de ideas de humanidad, ni energía de sistemas ideales, ni portadores y portadoras de esencias o de codificaciones, ni tampoco imágenes en un espejo en el que se distinguen-nos distinguimos como figuras únicas y excepcionales.

2. UN BREVE RECORRIDO POR LOS LUGARES IDEALES

Arqueoestéticas

Uno de los lastres que perviven y son potenciados en las prácticas y discursos arqueológicos actuales es sin duda la que denominaremos *Arqueoestética*. Este hacer, se sitúa en la tradición que hace siglos insiste en recuperar el legado *clásico* desde el *Renacimiento* y la *Ilustración*, y que se vincula con Winkelmann y su interés por el estudio de los objetos antiguos, lo que nos da las claves para entender las “raíces” de este modo de hacer en Arqueología. Se trata de una concepción que actualmente pervive en la organización académica de diversos países, incluyendo la institucionalización de áreas de conocimiento en las universidades españolas (Arqueología *versus* Prehistoria). Un pensamiento que insiste en recuperar el pasado a través de los textos historiográficos y que valora la dimensión estética de las “bellas artes”, como máxima expresión de lo sublime. El *arte antiguo*, las *artes primitivas* o las colecciones *folklóricas* y, más tarde, etnográficas, serán utilizadas como referentes estéticos y sexistas a modo del espejo en el que encontrar las “raíces” étnico-nacionales, o simplemente para el deleite de la clientela de las industrias culturales.

Esta Arqueología como Historia del Arte aún sigue siendo una concepción plenamente vigente en muchas universidades y centros de investigación arqueológica, tanto como en la proyección social que desde muchos museos, exposiciones, libros y multimedia divulgativos se ofrecen. La admiración por lo sublime de las “bellas artes” de la *Antigüedad* o por las dimensiones sensoriales de productos artísticos “prehistóricos” o “ancestrales”, constituye la fuente de inspiración que subyace en numerosos estudios realizados en la actualidad desde nuestra disciplina. Baste recordar el tratamiento que en ocasiones se hace de temas como el del *megalitismo*, o los discursos entorno a las representaciones figurativas y la iconografía en general. Además, es significativo que numerosas instituciones de las administraciones estatales encargadas de la gestión arqueológica se ubiquen en departamentos etiquetados como de “bellas artes”, aún en la actualidad.

Es más, podríamos plantear que esta fascinación ha revivido y ha encontrado un gran arraigo, gracias al abandono del interés histórico que ha impuesto la ideología del *Postmodernismo* y su política de fragmentación, altamente debilitadora. Las hermenéuticas sobre lo sublime y su alienación en el objeto en sí, impregnan unas miradas donde la realidad de mujeres y hombres están “fuera de lugar”, incapacitando los intentos de realizar una Arqueología realmente social. De esta manera, no existen realidades sociales de interés para quienes se han guiado y se guían por la metafísica de una supuesta belleza universal, o por los atractivos de las multiplicidades estéticas y “distintivas” de muchos objetos arqueológicos.

Arqueoteologías

En este punto, habría que mencionar otro formato de relato que ha generado y genera igualmente un gran interés, la que podemos denominar *Arqueoteología*, que focaliza su interés en la dimensión presuntamente trascendente que liga Arte y Religión. Así, las representaciones figurativas realizadas sobre diferentes soportes materiales (arte rupestre, decoraciones cerámicas, figurillas...) en ocasiones, se definen como la expresión de divagaciones metafísicas por parte de sus creadores (por supuesto siempre hombres), o bien figuraciones de divinidades. De esta forma, se asume una supuesta preocupación religiosa en todo hecho humano, como algo universal prácticamente desde los orígenes de la humanidad, por lo que muchas prácticas político-ideológicas y los objetos en relación con las mismas, son invocados desde esta mirada, sin dar cabida a explicaciones vinculadas con la reproducción social. Con este modo de hacer, se pierde nuevamente el objeto real de estudio de nuestra disciplina.

Así, sin que exista ninguna prueba empírica, se quiere hacer creer que las representaciones figurativas son, en la mayoría de los casos, signos con significados religiosos, e incluso, llegado el caso, imágenes de deidades. En estas *cortas-miradas* no cabe la búsqueda de las metáforas que las representaciones pudieran tener sobre grupos dominantes, patriarcales, oligárquicos o estatales, porque siempre se da el salto a la dimensión metafísica de la religión. Además, es frecuente que se recurra a genealogías de *arquetipos* constituyentes de un “inconsciente colectivo” presente en toda la humanidad a través de los tiempos (Escoriza Mateu, 2008). La consecuencia de lo anteriormente expuesto es clara, la bibliografía arqueológica se encuentra poblada de referencias a supuestas “diosas madre”, “diosas virginales” o bien, a dioses poderosos cuando encontramos varones con armamento. También se recurre a la existencia de genealogías de divinidades ancestrales cuando una figura humana muestra elementos zoomorfos (cornamentas, garras..), al alma de difuntos cuando la representación es ornitomorfa, e incluso a ver “árboles de la vida”, cada vez que se reconoce una representación fitomorfa.

En estas lecturas desde la *Arqueoteología*, los signos son sustituidos por los significantes, y los significantes son extraídos de algún referente historiográfico, de las fuentes *clásicas* en el Mediterráneo y Europa, de los documentos egipcios o mesopotámicos en el Próximo Oriente, o de las crónicas coloniales en América. Con ello, no sólo se le da universalidad a los significados de los signos, transgrediendo el principio semiótico básico de que los signos son aleatorios, sino que además se erradica la historicidad de los significados, asumiendo que no cambian con el tiempo. Por otra parte, se expurga toda posibilidad de significados contrapuestos para colectivos sociales y sexuales que coexistan en una misma realidad histórica. Esto último, es algo que trata de evitarse a toda costa con fórmulas como la llamada complementariedad frente a la explotación, en relación con temas como el de la división sexual del trabajo en las sociedades ágrafas (Escoriza Mateu, 2007).

Arqueoetnologías

Con el surgimiento de las ideologías nacionalistas en el siglo XIX, se gestó uno de los enfoques que mayor calado ha logrado en los estudios arqueológicos, la *Arqueología Cultural*, las *Arqueoetnologías*. Desde ese momento la Arqueología se vio beneficiada con la institucionalización de una serie de prácticas en cierto tipo de organismos que aún perviven. El *Museo Nacional* fue el marco donde, para delinear una prehistoria nacional, Ch. J. Thomsen elaboró el *Sistema de las Tres Edades* (Trigger, 1989: 122-127), vigente todavía en las periodizaciones de la Prehistoria de Europa, a pesar de que los contenidos de los periodos son asincrónicos y contradictorios. La *Prehistoria*, concebida por G. Kossina como la disciplina “nacional” por excelencia, destinada a conocer las raíces étnico-raciales de los alemanes usando nuevas metodologías arqueológicas (Kossina, 1911), se institucionalizó en los países europeos en el primer tercio del siglo XX, siguiendo la estela del citado prehistoriador. De esta forma, la concepción de la historia que otorgaba el protagonismo a las comunidades nacionales, en tanto que sinónimo de pueblos, etnias y razas, quedó vinculada a una visión derivada de G.W.F. Hegel (1840) y su “Espíritu del Pueblo” (*Volksgeist*). Con la perspectiva hegeliana, se aceptaría la existencia de una esencia común e inmutable a lo largo de la historia de cada nación. La historia sería entendida como la historia de esos “espíritus”.

En el siglo XX esta idea se plasmó en el folklorismo (*Völkisch*), vinculado a los fascismos europeos. Así, las comunidades de sangre, tierra y lengua, los pueblos, etnias y naciones, se convirtieron en los sujetos de interés para la *Arqueoetnología* que impregnó los estudios prehistóricos europeos y norteamericanos. La “cultura material”, las normas culturales detectadas en unos límites espacio-temporales concretos, se equipararían a pueblos históricos (o prehistóricos), vinculando “cultura arqueológica” y etnia, en tanto que expresión de homogeneidades raciales-biológicas, lingüísticas, religiosas e institucionales. La obra de V. G. Childe recogió esas claves metodológicas (Childe 1929), tanto en cuanto a la noción normativa de las Culturas, como del uso de la asociación de tipos reconocidos en la “cultura material”, su expresión en el espacio en forma de áreas culturales, y sus explicaciones en términos de difusión y de evolución cultural. La influencia fue tal, que, durante todo el siglo XX y hasta hoy, la *Arqueoetnología* ha seguido las pautas marcadas por el prehistoriador australiano.

En la práctica, las “culturas arqueológicas” se han venido entendiendo como equivalentes de los pueblos, etnias y naciones, y siguen siendo definidas a partir de la elección de ciertos “tipos (objetos) diagnósticos” que juegan el papel de proporcionar demarcaciones espaciales y temporales. En este tipo de Arqueología el lugar común, es la identidad. Ese “ser así” de la singularidad cultural. Ese ente histórico pero inmutable, y por tanto ahistórico, ha guiado la actividad arqueológica dominante hasta el presente, generando una falta de interés por conocer las condiciones de la vida social real, el trabajo en la producción y las políticas de reproducción social. En gran medida se convierten en mitos, cobran vida en los relatos (Castro Martínez, 1993). Para lograr un conocimiento científico sobre las sociedades ágrafas del pasado, creemos que deberíamos partir de categorías ordenadoras de la realidad empírica más coherentes

Lo mismo ocurre con la presunta identidad de supuestos significados, que se pretende leer en signos carentes de traducción. La identidad de espacios sociales se quiere

presentar como característica e intrínseca de los modos de vivir de una cultura, sin analizar las prácticas sociales que realmente acontecieron. El sentido burgués de la idea de nación, que subsume todo conflicto entre clases sociales, en aras del bien común, queda así trasvasado a cualquier “cultura” del pasado, o del presente, de manera que su devenir histórico, sus logros técnicos, su adaptación al medio ambiente o, en última instancia, su particular modo de ser, ponen en el mismo lugar común, bajo el mismo tópico, a patriarcas y mujeres, a oligarcas y colectivos explotados, a propietarios y servidumbre. En definitiva, la realidad de las mujeres y hombres se diluye detrás del velo de una comunidad metafísica asentada en el “espíritu” inmutable y atemporal de cada cultura arqueológica, pueblo, etnia o nación (Escoriza Mateu, 2006).

Curiosamente, las *Arqueoetnologías*, desde la segunda mitad del siglo XX, suelen remontar las referencias sobre “culturas” en arqueología a V.G. Childe, insistiendo en desligar su concepción de “grupo cultural” de la herencia más explícitamente étnico-biológica de la arqueología de G. Kossina. Sin embargo, apenas encontramos menciones a las serias dudas que V.G. Childe tenía sobre una noción que se había convertido en algo rutinario en sus últimos trabajos, y que cada vez se mostraba menos útil, por no decir claramente en contradicción, con los objetivos de lograr una historia de las sociedades (Childe, 1947). Así, llegó a anotar que “El elemento subjetivo entra en juego en el momento de decidir qué idiosincrasias deberían pasarse por alto al definir una cultura; francamente, resulta difícil decir cuales deberían dejarse a un lado como puramente particulares y cuales deberían tomarse en cuenta como rasgos sociales, como marcas distintivas de nuevas culturas” (Childe, 1951:49). Preguntas como “¿Acaso la excavación de un poblado minero, de un balneario y de una ciudad de mercado en Gales no podrían llevar a un arqueólogo de fines del tercer milenio después de J. C. a afirmar que Gales fue ocupada por tres culturas distintas y por otras tantas sociedades?” (Childe, 1951:48), no han obtenido respuestas satisfactorias, o simplemente apenas se han vuelto a formular.

Arqueoprocesualismos

Cuando los años 60 del siglo XX gestaron un ambiente adecuado para romper con la *Arqueología Tradicional*, reconocida en las *Arqueoetnologías*, desde los círculos académicos anglosajones se impulsó una *Nueva Arqueología*. Esta denominada *Arqueología Procesual*, se convertiría en el principal referente de una arqueología preocupada por los sistemas sociales y por la constitución de unas bases científicas para lograr el conocimiento de las sociedades del pasado. Aunque son diversos los *Arqueoprocesualismos*, podemos considerar que comparten el recurso a metodologías científicas y una serie de elementos comunes en su teoría social.

En cuanto a la dimensión metodológica-analítica se asume la exigencia de un mínimo de pruebas empíricas para sustentar o contrastar hipótesis. Con ello, no cabe duda de que se impulsó una nueva manera de plantearse la obtención de conocimientos sobre las sociedades del pasado, y supuso la pérdida de la inocencia de la Arqueología que proclamaba D. Clarke (1973). Sin embargo, la deficiente construcción de una teoría socio-arqueológica, la “teoría de rango medio” de L.R. Binford (1977),

ha supuesto en la mayor parte de los desarrollos posteriores, una asimilación de la obtención de datos empíricos, con las pruebas analíticas obtenidas en laboratorio de ciencias biológicas, geológicas o físico-químicas. Con ello se obtienen hechos básicos (dataciones, composiciones isotópicas, identificaciones taxonómicas), pero el camino hacia las inferencias no siempre ha contado con pilares sólidos. Muchas veces, sobre esa base empírica, no se va más allá, evitando un avance hacia el conocimiento de la realidad social del pasado, por la carencia de recursos metodológicos estrictamente arqueológicos que posibiliten una sociología de las evidencias. Y en otras ocasiones, una vez obtenidas las pruebas empíricas en los laboratorios, podemos encontrar saltos inferenciales hacia la especulación y hacia los estereotipos más trillados, dando por hecho que las primeras dan autoridad a quien lanza al aire opiniones o prejuicios. La búsqueda de las mujeres y los hombres reales aún tiene mucho camino por recorrer (Castro Martínez *et al.*, 2004).

Los *Sistemas Socio-Culturales*, y sus procesos en el tiempo, objeto del interés de los *Arqueoprocualismos* supusieron la recuperación de los esquemas evolucionistas dibujados en el siglo XIX, y continuados por Childe y por los esquemas soviéticos, que ordenaban la historia en los tres estadios de *Salvajismo-Barbarie-Civilización* (o de sus correlatos políticos en *Bandas-Tribus-Jefaturas-Estados*, socio-estructurales en *Sociedades Segmentarias-Jerarquizadas-Estratificadas*, o de distribución en *Reciprocidad-Redistribución-Comercio*). Sin embargo, al contemplar las dinámicas sociales en esta perspectiva, se gestó una idealización de la historia humana de la que difícilmente podían dejarse ver las realidades sociales concretas (Castro Martínez y Escoriza Mateu, 2005).

Por otra parte, los *Arqueoprocualismos* han encontrado un mecanismo de formalización clave en la incorporación de la *Teoría de Sistemas* y de una concepción ecológico-social, que ha dado pie a una amplia gama de trabajos y de avances sobre algunas dimensiones de la realidad económica de sociedades estudiadas arqueológicamente, sobre todo en lo que respecta a los procesos técnicos del trabajo o a la gestión de las materias base para la producción de objetos. Pero la propia adopción de la metáfora de los *Sistemas* para las realidades sociales, lo que en realidad estaba potenciando era una determinada *Arqueología Social* (Renfrew, 1984). Una *Arqueología Social* que adoptó algunos de los fundamentos clave de la sociología liberal (Castro Martínez, 2000), convirtiendo en un lugar común la teoría del rol-estatus de R. Linton (1945), la definición weberiana de las formas de poder (Weber, 1919) o de la relación entre clases sociales y estatus a través del nivel de consumo (Weber, 1921-22), así como la noción de integración funcional de E. Durkheim (1893) El concepto de “complejidad” se deriva de manera coherente de estas bases teóricas, puesto que da cuenta de la evolución socio-cultural, en la medida en que marca una trayectoria de progreso-desarrollo en la que la especialización, la división de funciones, la jerarquía y la centralización son indicadoras de la eficiencia en la gestión de la materia y de la energía, de acuerdo con la termodinámica implicada en la *Teoría de Sistemas*, y, adicionalmente, de la información (Chapman, 2003).

La metáfora sistémica promueve en definitiva una concepción organicista-ecológica de las sociedades, donde se ven riesgos en la tendencia a la entropía (pérdida de energía y eficiencia, es decir de capacidad de control de las instituciones), en las disfunciones

engendradas por una deficiente adaptación al medio (de ahí la constante amenaza de colapso de los sistemas, o la explicación en clave catastrófica de la pérdida de control institucional en ciertas formaciones sociales, cuando conlleva descentralización o reducción de la estratificación social) o en la existencia de resistencias por parte de ciertos colectivos sociales a mantener el *status quo* (que se entienden inmediatamente como un peligro para la totalidad). Se trata, por lo tanto, de una sociología explícitamente conservadora, en la que las clases altas o el Estado cumplen un papel regulador valorado positivamente, mientras que las relaciones sociales se entienden a partir de un entramado integrado, donde la circulación de bienes-información (intercambio, complementariedad) o la ideología (lujo, prestigio), definen la estructura-estratificación social. Y, al igual que en la metafísica de las entidades de tipo culturas, etnias, pueblos o naciones, se subsumen todos los colectivos sociales y sexuales de cualquier realidad histórica, pasada o presente, ya que los sujetos históricos del *Arqueoprocesualismo* son los *Sistemas*, siempre en peligro por las variaciones del medio o por las disfunciones internas. Nuevamente la realidad de las mujeres y hombres se diluye en estructuras formales.

Un problema adicional que podemos señalar en la práctica de los *Arqueoprocesualismos* ha sido su dificultad para distanciarse de la entidades culturales creadas por las *Arqueoetnologías*. La ambigüedad de criterios para definir *Sistemas Socio-Culturales* ha dado pie a que los periodos y culturas arqueológicas definidas por la *Arqueología Tradicional* se hayan mantenido vigentes, y que únicamente se les yuxtapongan ciertos desarrollos analíticos, o lecturas sociales basadas en las teorías del rol-estatus, la integración funcional durkheimiana o la estratificación social weberiana.

En todo caso, no cabe duda de que el camino abierto por la incuestionable búsqueda de coherencia en una teoría arqueológica general, que intentó D. Clarke (1968), o las sugerencias y capacidad heurística de L.R. Binford ya desde sus primeras propuestas (Binford, 1968), por citar dos de los referentes clave, han constituido un punto y aparte en la arqueología científica. De la misma manera que la preocupación por una *Arqueología Social* frente a la *Arqueología Cultural* abrió un amplio abanico de líneas de investigación, entre las que no podemos dejar de mencionar la *Arqueología del Género*, claramente anclada en la teoría del rol-status y vinculada a los avances del movimiento feminista (Conkey y Spector, 1984).

Arqueomarxismos

En las últimas cuatro décadas también han venido desarrollándose las *Arqueologías Marxistas*, fruto del ambiente académico de los años 70 y de un contexto de movimientos políticos transformadores. La línea de continuidad con V.G. Childe siempre fue reclamada, subrayando la naturaleza de ciencia social de la Arqueología (Lumbreras, 1974).

Los *Arqueomarxismos* se vieron influidos por los enfoques científicos de los *Arqueoprocesualismos*, que de alguna manera “contaminarían” con conceptos y categorías de la sociología liberal muchas formulaciones teóricas, que derivaron hacia planteamientos formales, más que hacia teorías diferenciables, sobre todo en los cír-

culos académicos anglosajones. Quizás el mejor ejemplo que ilustra lo que decimos es el éxito de la *Teoría de las Economías de los Bienes de Prestigio* (Frankenstein y Rowlands, 1978), que sobre la base de conceptos de la psicología social y de la sociología liberal, e incorporando las *Teorías de los Sistemas Mundiales* (Wallerstein, 1974), ha tenido un notable éxito (Castro Martínez, 2000). En este éxito debemos entender que ha jugado un papel fundamental su fácil adecuación a la mentalidad difusionista de la *Arqueoetnología*, dando protagonismo a los tradicionales fósiles-directores. De la misma manera, el peso otorgado a la interacción entre sociedades (*Sistemas Socio-Culturales*), desatendiendo las relaciones de dominio y explotación que no tengan una expresión política centralizada (*Jefatura* o *Estado*), ha facilitado su disolución en los esquemas procesuales al uso.

Creemos que podemos situar como factor clave de la idealización que muestran muchos *Arqueomarxismos* el hecho de considerar *Marxista* el mero hecho de plantearse hablar de sociedad, de economía o de ideología. Así, es muy habitual no encontrar en gran parte de las formulaciones autoreferenciadas como *Marxistas* la más mínima mención a relaciones sociales de explotación, ni señalar los factores de socialización que conducen a la alienación en las visiones del mundo que promueven los grupos dominantes, o confundir las definiciones de clase social-estamento de Max Weber, basadas en el consumo y el prestigio, con las relaciones de explotación del trabajo que caracterizaron las formulaciones de K. Marx. Y, por supuesto, también es habitual la reproducción de planteamientos androcéntricos, que obvian mencionar las condiciones reales de las mujeres, o que se centran exclusivamente en la producción de objetos al abordar cuestiones económicas, olvidando las realidades de trabajos en muchas otras actividades, particularmente de aquellas en las que el trabajo femenino, o de colectivos sometidos a servidumbre, es más frecuente.

En muchas propuestas *Arqueomarxistas* se mantendría una visión ideal de evolución social, más vinculada al esquema de *Salvajismo-Barbarie-Civilización* de L.H. Morgan (1877), desarrollado por F. Engels (1891), y trasvasado por V.G. Childe a la Arqueología mediante sus teorías de las *Revoluciones* y su énfasis para lograr explicaciones sociales de la historia cultural. Un planteamiento nuevamente en consonancia con las ideas de evolución social del *Arqueoprocesualismo*, sobre todo cuando la explicación del cambio histórico se ha venido a atribuir al *desarrollo de las fuerzas productivas*, que, finalmente, se corresponde con los planteamientos de que el progreso se asocia al crecimiento económico y las mejoras tecnológicas (Castro Martínez y Escoriza Mateu, 2005). Una historia entendida desde la teleología, desde la existencia de un camino y un fin inevitables, que parece dejar siempre fuera de lugar las posibilidades de acción social transformadora, en aras de una dinámica inevitable, que en las doctrinas del materialismo dialéctico estaliniano solo podía conducir al modelo estatal soviético (Stalin, 1938).

Sin embargo, el esquema simplificado de sucesión de *Modos de Producción* formulado por J. Stalin, no tuvo gran incidencia como tal, en los *Arqueomarxismos* de las últimas décadas del siglo XX, sobre todo tras la publicación de los manuscritos inéditos de K. Marx (1965), que sugerían un abanico de formas sociales mucho más amplio, y que sirvieron de base para las teorías entorno al llamado *Modo de Producción Asiático* (Bartra, 1974). En este contexto, los desarrollos teóricos derivados de

la noción de *Modo de Producción* han sido importantes en América. Bajo la cobertura de la llamada *Arqueología Social Latinoamericana* se ha intentado dar cabida a la conceptualización de cultura arqueológica (Bate, 1982) o se han definido nuevas categorías, como el *Modo de Vida* (Vargas, 1990:59), para intentar dar cuenta de realidades históricas específicas. Unos planteamientos no suficientemente exitosos, como para que la praxis de la investigación de realidades sociales del pasado, que se haya podido reclamar derivada de esas formulaciones, haya ofrecido resultados claros, y no únicamente declaraciones de intenciones o formulaciones abstractas.

En los países latinos europeos también surgieron con fuerza nuevas propuestas *Arqueomarxistas*, a finales de los 70 e inicios de los 80. Por su cercanía podemos destacar las impulsadas desde Italia (Carandini, 1975), Andalucía (Ruiz Rodríguez *et al.*, 1986) o Cataluña (Estévez *et al.*, 1984). Sin entrar en detalles, sobradamente conocidos, debemos destacar el impulso que para la arqueología del estado español supondría la integración en estos planteamientos de un explícito requerimiento de la formalización y la cuantificación de los datos empíricos frente a la subjetividad reinante (Sanahuja Yll, 1985), o la asunción de planteamientos del feminismo materialista (Sanahuja Yll, 2002).

Pero más allá del impulso de los primeros años y la exposición de objetivos e intenciones, durante las últimas décadas, quienes asumen un planteamiento *Marxista* en Arqueología han seguido caminos muy dispares y desarrollos teóricos heterogéneos, y los resultados en clave de conocimiento de realidades sociales del pasado son demasiado reducidos para considerar que la praxis que se prometía no se haya visto afectada por el propio marco de prácticas académicas y científicas, impuestas por la realidad de una disciplina arqueológica dependiente de fuentes de financiación importantes y vinculada a la gestión de recursos turísticos. Con ello, nos encontramos con que la autoreferenciación al *Marxismo* se puede encontrar entre quienes puedan adoptar posiciones académicas o institucionales conservadoras, desarrollar prácticas indiscernibles de los *Arqueoprocesualismos* o, incluso de los *Arqueopostmodernismos* triunfantes desde los años 80, o caer en la rutina de la repetición de elaboraciones teóricas carentes de praxis.

Quizás deberíamos fijar nuestra atención, más que en la escolástica que clasifica a unas u otras figuras en una u otra “tendencia teórica”, o en la expresa declaración de *Marxismo* de los textos, en la coherencia de la teoría y en las praxis. Debemos indagar en las praxis, en cuanto a los resultados efectivos de las investigaciones realizadas, y si se han logrado aportaciones relevantes para el conocimiento de la realidad social de mujeres y hombres en la Historia, y no únicamente en la formulación-repetición de esquemas ideales. Pero también debemos profundizar en cuanto a si esa praxis ha resultado útil para instituciones, medios o grupos políticos que participan en la reproducción conservadora del *status quo*, o si ha mantenido un posicionamiento crítico y útil para movimientos sociales o colectivos transformadores. Y, en el ámbito de las teorías, más allá de la etiqueta, deberíamos preguntarnos si podemos encontrar en formulaciones *Arqueomarxistas* una coherencia que mantenga en primer plano la preocupación por desocultar la realidad de colectivos sociales y sexuales sometidos a relaciones de dominio y explotación por grupos privilegiados y políticas patriarcales, a condiciones de alienación derivadas de ideologías de cohesión social amparadas en

entidades homogeneizadoras (pueblos, etnias o estados) o a políticas de exclusión social, en lo material, pero también en los propios discursos, que entre otras cosas deberían superar cuando menos el androcentrismo.

Arqueopostmodernismos

Desde los años 80 del siglo XX, con la *Era Reagan-Thatcher* como telón de fondo, y el marco de la transición de los sistemas de capitalismo estatalizado hacia formas de capitalismo de mercado abierto, las ideologías de la *Postmodernidad* se han convertido en el patrón hegemónico del pensamiento mundial, en la ideología del *Neoliberalismo* de las últimas décadas. Y su correlato en las teorías y prácticas arqueológicas es evidente. Pero no nos detendremos demasiado en los bien conocidos lugares ideales de la *Postmodernidad*, en parte porque nos gustaría pensar que con la “crisis” del año 2007 podrían empezar a quedar obsoletos. Aunque de momento no acaba de materializarse este deseo.

La proliferación de planteamientos *Arqueopostmodernos* en estos tiempos, ciertamente parece estar muy ligada a su adopción por una parte importante de los centros de poder mediático de la arqueología mundial, concretamente por instituciones del ámbito académico anglosajón. Pero no cabe duda de que fácilmente ha sido incorporada en numerosos países, dada la facilidad con la que se puede realizar una práctica arqueológica ligada únicamente a la creación literaria, a la producción de discursos y de textos. Eso podría parecer adecuado para situaciones, temporales o regionales, en las que las posibilidades para la obtención de financiación para realizar proyectos de investigación arqueológica de campo o laboratorio son reducidas o inexistentes, aunque también podría vincularse a la acomodación de las prácticas de numerosos arqueólogos y arqueólogas a tareas alejadas del trabajo físico que acarrea la excavación y estudio de materiales, y el mayor descanso que proporcionan tareas centradas en las relaciones públicas con gestores y gerentes, que fácilmente ofrecen recursos, si esperan obtener discursos para proporcionar contenidos a las mercancías de las industrias culturales. Contenidos que acaban siendo triviales o que reproducen formulaciones *Arqueoestéticas* o *Arqueoteologías*, cuando no reiteradamente *Arqueoetnológicas*, fáciles de reproducir y que no provocan conflictos. Precisamente, y en paralelo a los *Arqueopostmodernismos*, las últimas décadas han visto crecer, a veces desmesuradamente, las *Arqueologías Comerciales*, una práctica profesional al servicio de empresas e instituciones, y ligada mayoritariamente a la producción de espectáculos y productos de ocio, desde museos y parques temáticos, a productos multimedia o folletos turísticos. La reacción anticientífica de los *Arqueopostmodernismos*, su crítica radical a los planteamientos racionales, de transformación social y de reflexión intelectual de la *Modernidad*, curiosamente no ha mantenido la misma tenacidad en su crítica a la hegemonía del Capital y a la mercantilización de las prácticas universitarias y académicas. La consecuencia es que han ido de la mano de las *Arqueologías Comerciales*.

Adentrarse en la fauces de los *Arqueopostmodernismos*, para algunas autoras y autores, parece ser un hecho plácido y estimulante que según el caso puede producir grandes dosis de empatía y/o hilaridad. Sin embargo, esta última cesa repentinamente

cuando comprobamos que una de las características de las ideologías de la *Postmodernidad* es la reclamación de la fragmentación y el abandono de toda posibilidad de acceder al conocimiento verdadero. Para ello, se asume que nunca se podrá llegar a acceder a ninguna totalidad. Se da por hecho que no existe la posibilidad de conocer la *Cartografía* de los lugares que habitamos, sino, como mucho, de percibirlos con todos los filtros que nuestras limitadas capacidades de codificación permitan (relativizadas en clave *cultural, étnica* o subjetiva). No solo no podríamos conocer, sino que tampoco podríamos llegar a lograr una “representación” certera del mundo. Sólo queda el paseo por lugares ideales.

En íntima relación con los *Arqueopostmodernismos* hay que recordar como las últimas décadas han visto surgir un amplio abanico de publicaciones donde el objeto de interés se sitúa en los propios discursos (y metadiscursos arqueológicos). Una labor, sin duda, urgente para saber dónde está cada cual, qué programas de investigación, en el sentido de I. Lakatos (1978) se comparten y qué decisiones se toman en relación a la práctica arqueológica y a la producción de publicaciones (vida curricular). Así, se ha generado una dinámica en la que ya no sólo se trata de realizar un análisis de los axiomas y paradigmas, de la explicitación de las metodologías, de la evaluación de las técnicas implementadas, de las discusiones sobre las teorías sustantivas o de la sociología de las praxis en Arqueología. Más bien habría que decir, que nos hallamos ante el nacimiento de un género literario que se centra en la reiterada mirada a determinados autores (y a las pocas autoras de referencia existentes).

De esta manera, parece que la Arqueología se está dedicando al conocimiento de las arqueólogas y los arqueólogos, más que al estudio de las sociedades a través de su realidad material. Ese cambio de interés arqueológico, que ha supuesto pasar de los yacimientos a los textos arqueológicos y del texto al autor o autora, se puede entender como propio de ese “espíritu” hermenéutico, de moda en las últimas décadas de crecimiento económico y pensamiento conservador. Esta *Arqueocrítica* ha contribuido a generar una taxonomía de “tendencias” y “escuelas” que ha empobrecido algunas formulaciones interesantes que no tienen nada que ver con el reduccionismo que encontramos en muchas publicaciones.

Y no queremos dejar de recordar una última vía de creación literaria en Arqueología, vinculada al viaje de vuelta de las cosas a las palabras que ha sufrido recientemente nuestra disciplina, la *Arqueofilosofía*. De ésta dan cuenta toda una serie de autoras y autores, muchos de ellas y ellos con una aguda propensión a la lírica y a la retórica que, a través de la realización de ensayos de opinión (a veces acertados y a veces especulativos), generan trabajos que poco han aportado a la construcción de un *corpus* teórico de conceptos y categorías claros. Contrariamente, se trata de discursos casi siempre oscuros, simplistas y hasta siniestros que pretenden poner de manifiesto la pretendida enjundia, originalidad y lucidez de la autora o autor en cuestión.

Arqueologías en el Tiempo Presente

Sabemos a donde hemos llegado, y conocemos las “tendencias” que han guiado la teoría social, y, cómo no, arqueológica, en las últimas décadas. Además podemos

rastrear su genealogía, su origen y sus momentos de auge. Sin embargo se suele olvidar que en la actualidad siguen presentes, y llenas de vitalidad, todas las arqueologías y todos los lugares ideales que hemos recorrido. El abanico de tópicos que han poblado la Arqueología, y que se han configurado como programas de investigación sistemáticos, se podría resumir en unos pocos, que no dejan de ser los que han guiado al conjunto de las ciencias sociales: unas *Arqueologías Culturales* preocupadas por la historia de los pueblos, por sus particularidades y sus “espíritus”, y unas *Arqueologías Sociales* centradas en el estudio de las relaciones, las estructuras o los sistemas, bien en clave de la teoría social liberal, bien decantándose hacia la herencia de una concepción materialista de la historia, muchas veces al amparo de los *Marxismos*. Y junto a ellas, encontramos unas actitudes ampliamente arraigadas en unos u otros segmentos del academicismo arqueológico, que recogen desde las tradicionales aproximaciones *Arqueoestéticas* y *Arqueoteológicas* a las más modernas (aunque habitualmente nominadas como *postmodernas*) actitudes *Arqueocríticas* y *Arqueofilosóficas*. Casi todas ellas tienen el común denominador de mostrar un olvido generalizado de la realidad material y de la vida social de los sujetos sociales, de las mujeres y hombres, y en particular de despreocuparse por las condiciones materiales de las mujeres como colectivo.

Parecería que el *Postmodernismo* como ideología dominante, con una amplia aceptación en muchos círculos académicos, ha sido, al mismo tiempo, el marco perfecto para dar cabida a su coexistencia con enfoques surgidos con anterioridad, y ya no sólo con las *Arqueologías Sociales*, de raigambre *Procesualista* o vinculadas a los *Marxismos*, a veces con eclécticas incorporaciones *postmodernistas* o de teorías sociales liberales. De hecho, las viejas concepciones *Arqueoetnológicas* siguen teniendo plena vigencia, tanto en su versión suavizada, en gran medida legitimada por el *Postmodernismo*, centrada en las *Culturas* como contextos de significado y percepción o como ámbitos de construcción de identidades, sino también en su versión más pura, donde el protagonismo de la historia se les otorga a esos entes metafísicos denominados *pueblos* (o *étnias* o *naciones*), que reaparecen con toda su carga de identidad esencial fundada en la sangre, la tierra y la lengua, gracias a una nueva ofensiva del biologicismo, facilitada por los estudios de ADN, y por el retorno de la “filología histórica”.

Encontramos hoy, un presente multifacético y acomodaticio. A veces en forma de una convergencia ecléctica de conceptos incompatibles. A veces en forma de declaraciones de principios que contradicen lo que muestra la práctica que se hace y las conclusiones que se ofrecen. A veces conjugando conceptos de aquí y de allá, según el auditorio, con la coletilla de “para que se entienda”. Y sí, a veces, buscando una línea de actuación clara, que puede conllevar asumir sin complejos posicionamientos explícitos y buscar llevarlos a la práctica, aún luchando frente a lo aprendido. Aunque lamentablemente, en la mayor parte de las ocasiones, es eso aprendido, ese oficio, lo que lleva a mantenerse dentro de los límites de la corriente dominante, que controla los mecanismos curriculares, o de las premisas de quienes pueden otorgar favores. El objetivo de las prácticas arqueológicas, más que en la búsqueda de una coherencia sistemática, de pretender avances científicos, o cuando menos de obtener algún mayor conocimiento de la realidad del pasado, parece estar más centrado en las prácticas de reproducción institucional o profesional, en la oferta de contenidos para mercancías y

servicios, o en temáticas ingeniosas para publicaciones académicas, donde cuenta más la apariencia que la ciencia. Y con ello, los lugares ideales podrían seguir perpetuándose en narrativas inacabables, en hipótesis incontrastables y en repeticiones rutinarias de tópicos y estereotipos. Frente a todo ese utilitarismo, seguiremos pensando que está pendiente la labor científica que falta por hacer para desenterrar la realidad.

3. DESDE EL TRABAJO, HACIA UNA ARQUEOLOGÍA SOCIAL MATERIALISTA Y FEMINISTA

Por nuestra parte, no creemos que la Arqueología deba tener como finalidad conocer ciertos personajes destacados de la disciplina, propagar literariamente figuras retóricas, o especular con entes divinos, sino conocer la realidad de las sociedades desde su producción material. Como ya hemos insistido, tampoco está en nuestro programa interponer, entre la realidad y el conocimiento, entidades metafísicas del tipo pueblo-etnia-nación-cultura. Por ello, reivindicamos una Arqueología como ciencia social que nos permita acceder al conocimiento de la realidad de las condiciones materiales de mujeres y hombres (Escoriza Mateu, 1995; Castro Martínez y Escoriza Mateu, 2005, 2006), perspectiva que ha venido propugnándose en muchas de las aproximaciones asentadas en una concepción materialista de la historia, en las propuestas del feminismo materialista y en una comprensión realista de la ciencia social.

Para situar las claves en las que consideramos que debería configurarse una arqueología social, materialista y feminista coherente, vamos a enfatizar, dado el breve espacio disponible aquí, el significado que tiene el trabajo social. Porque en la historia de las mujeres y los hombres, la realidad física y social se ha construido siempre sobre el trabajo de los sujetos sociales. La historia de la humanidad es la historia del trabajo social, de su realidad física, de los medios que lo han facilitado, de las políticas que lo han organizado, de los beneficios que ha proporcionado, del derecho a esos beneficios para los colectivos sociales y sexuales y de las razones o presupuestos que lo han motivado. El esfuerzo, los logros o las usurpaciones del trabajo de mujeres y hombres debería ser el centro de cualquier estudio arqueológico, si queremos acceder a conocer los lugares reales por los que las sociedades humanas han transitado a lo largo del tiempo.

En algunas de nuestras recientes aportaciones en relación con el tema de la teoría social y arqueológica hemos venido subrayando que nos interesaba de manera prioritaria abordar el estudio del trabajo social y de sus implicaciones en la producción de la vida social y de las condiciones materiales de la vida de los sujetos sociales. Tras algunas formulaciones iniciales, compartidas con un colectivo más amplio (Castro Martínez *et al.*, 1996, 1998) hemos venido redefiniendo y concretando de manera más precisa que el trabajo social es toda aquella actividad que implica un esfuerzo, una energía y un tiempo, que mujeres y hombres movilizan con una finalidad social determinada (Castro Martínez *et al.*, 2002, 2003a).

Por lo tanto, consideramos trabajo todas aquellas actividades imbricadas en relaciones sociales, encaminadas a las transformaciones materiales (economía) o a la gestión de las condiciones materiales (política e ideología). De esta manera, todas

las tareas encaminadas a la reproducción social deben ser consideradas trabajo social, tanto aquéllas que conllevan la transformación social del mundo físico (la *naturaleza* en algunas viejas formulaciones), como aquéllas que se destinan a la gestión de las relaciones sociales, es decir a las actividades políticas que imponen o acuerdan pautas de actuación social y a las actividades ideológicas que legitiman o cuestionan el orden social imperante y explican el mundo físico y social.

En ese sentido, seguimos la formulación que se dio en las teorizaciones del trabajo elaboradas por K. Marx. Incluso para abordar la imposición de las relaciones de explotación capitalista, Marx hablaba de “El trabajo no como objeto, sino como actividad; no como valor en sí, sino como la *fuerza viva* del valor” (Marx, 1858:236). Recordemos también que en su análisis de las relaciones capitalistas quedaba claramente desvinculado el trabajo social, como noción genérica, de la “fuerza de trabajo”, la mercancía que se vende en el mercado, es decir el trabajo asalariado. Esta clarificación es fundamental para no extrapolar a situaciones históricas ajenas a las políticas capitalistas esta concepción del trabajo-mercancía, ni la equiparación del trabajo como “fuerza” de interés para el Capital (a la búsqueda del beneficio-plusvalía).

Además, no consideramos apropiado hablar de “fuerza de trabajo” (con el habitual anagrama FT) al establecer los factores que intervienen en la producción de la vida social, concebida como realidad en cualquier sociedad y momento de la historia. Se trata de una noción que está indisolublemente ligada a la relación capital-trabajo. Para el Capital la FT es un recurso más para obtener beneficio, lo mismo que el trabajo físico (gasto de energía) que se deriva de cualquier fuente no-humana (eólica, hídrica, animal, etc.). Seguramente, esa equiparación neutra de los “factores de la producción”, que sitúa en el mismo plano a quienes llevan a cabo el trabajo y a otros componentes materiales que intervienen en la producción (la tierra o los recursos naturales, el capital o los medios técnicos), sienta las bases para justificar los derechos de quienes se arrogan la propiedad de éstos últimos para obtener derechos sobre lo producido, intervengan o no en el trabajo. Por esa razón, creemos necesario cambiar el énfasis, y señalar que es lo importante el trabajo social, y quienes lo pueden llevar a cabo, los colectivos de mujeres y de hombres, que constituyen el único agente social al que se pueden remitir derechos sobre lo producido, sobre la producción material y sobre la sociedad en su conjunto (Castro Martínez *et al.*, 2002).

Por supuesto, la adjetivación del trabajo social realizado puede ser variada, según la esfera en la que se incida. Esta circunstancia ha tenido como consecuencia la contraposición de muy diversos calificativos, acompañando al término trabajo. Recordemos las dualidades derivadas de las oposiciones entre trabajo manual e intelectual, entre trabajo productivo e improductivo, entre trabajo forzado y trabajo voluntario, entre trabajo satisfactorio y trabajo enajenado. Es en este plano de las oposiciones donde se ponen de manifiesto esferas sociales consideradas relevantes para evaluar las relaciones sociales en las que están implicados los colectivos sociales, aunque debemos considerar también la utilidad de las calificaciones descriptivas del ámbito político en que tienen lugar las tareas laborales (trabajo doméstico, trabajo comunitario, trabajo estatal..).

También habría que destacar que en las relaciones sociales promotoras del trabajo no necesariamente estamos ante situaciones de dominio y explotación. Para ello, es una buena decisión, a nuestro entender, subrayar esas imposiciones en los adjetivos del

trabajo, como hizo K. Marx al enumerar las distintas formas históricas que adoptaba (Marx, 1858:72). Con ello se ha podido hablar de trabajo patriarcal (respecto al dominio masculino sobre las mujeres), servil (respecto a los señores, que se benefician de la servidumbre), esclavo (respecto a los amos-propietarios de mujeres y hombres), o asalariado (respecto a los patronos, propietarios del capital y compradores de fuerza de trabajo). Aunque de la misma manera, se podría hablar de trabajo simétrico y recíproco para situaciones ajenas a relaciones de explotación.

Ya hemos indicado igualmente que el trabajo social es el único agente que posibilita la reproducción social, tanto de las condiciones de la vida de las mujeres y hombres, como de la continuidad o transformación de las relaciones sociales. Esto implica valorarlo como agente humano socializador de la materia física (en las actividades económicas), y como factor clave en la gestión de la materia socializada y de los propios sujetos sociales (en las actividades político-ideológicas). Es decir, es el trabajo social en la producción material (económica) y en la reproducción social (político-ideológica), el que posibilita la existencia de los propios individuos y de la sociedad, y el que debería permitirnos establecer si existen o no relaciones de dominio y explotación entre colectivos.

Otorgar el protagonismo social al trabajo y a quienes lo llevan a cabo, creemos que es la única manera de abandonar los laberintos ideológicos impuestos por la mirada de los grupos sociales dominantes.

Al hablar de grupos dominantes, que se benefician del trabajo de otros colectivos, que mantienen posiciones privilegiadas políticamente y que ejecutan sus decisiones que afectan al conjunto de la sociedad, creemos que debemos destacar que pueden ser de distinto orden: a) **patriarcales**, basados en el dominio del colectivo masculino; b) **oligárquicos**, cuando un grupo social reducido se apropia de producto social de manera privilegiada, avalándose en la realización de funciones político-ideológicas y/o en la imposición de mecanismos de coerción, y c) **hereditarios**, si la apropiación privilegiada de producto social es resultado del legado de derechos de propiedad sobre recursos naturales, infraestructuras económicas, edificaciones o valores nominales financieros.

Esos grupos sociales dominantes pueden asentarse de manera parcial o conjunta en esos privilegios patriarcales, oligárquicos y/o hereditarios, y pueden beneficiarse de dichos privilegios en sólo algún ámbito (por ejemplo, el beneficio masculino en el grupo doméstico patriarcal) o en una serie amplia de ámbitos de la reproducción social (como ocurre con los beneficios derivados de la circulación de mercancías en el régimen capitalista). Pero en todas las circunstancias reseñadas, la ideología constituida para justificar las relaciones de explotación, comprende siempre una desvalorización y ocultación del trabajo realizado por los colectivos explotados, que viene habitualmente acompañado por una clasificación social excluyente de éstos últimos. Es decir, una ideología que, de imponerse mediante la socialización al conjunto de la sociedad, configura una situación de alienación de los grupos dominados.

Definir el trabajo necesario para la reproducción social, en cualquier situación histórica concreta, es el primer paso para preguntarse sobre las condiciones en las que se establecen las relaciones sociales, y si existen o no relaciones de dominio y explotación. Ahora bien, para definir ese trabajo social necesario, tenemos que atender a la realidad del producto social disponible y de las prácticas sociales reales que acontecen.

En este sentido, el producto social disponible en una situación histórica concreta (la *riqueza* disponible), no es un indicador directo del trabajo necesario, sino que habría que tener en cuenta y evaluar otros aspectos fundamentales como:

a) *Las condiciones técnicas*, es decir, los saberes técnicos, en cuanto a conocimientos sobre los procesos de trabajo y sobre las formas de organización de las tareas, y las infraestructuras y herramientas disponibles, que proporcionan las condiciones técnicas de la producción.

b) *Los recursos naturales* disponibles en los territorios donde se realizan las prácticas sociales.

El producto social incluye la totalidad de los resultados de los trabajos económicos efectuados por los colectivos sociales en una realidad concreta. Ya hemos señalado en otros lugares, que debemos considerar dos esferas de la producción social. Por una parte, la producción de individuos, de mujeres y de hombres y la producción de objetos, por otra. También hemos insistido en que la producción material, tanto de hombres y mujeres como de objetos, no puede limitarse a contemplar la obtención que conlleva la gestación y el parto, imprescindibles para la producción biológica básica de los sujetos sociales, o la adquisición-fabricación de alimentos y de artefactos. Además de la obtención, debemos considerar las tareas de mantenimiento, tanto del mantenimiento de los sujetos sociales (incluyendo todos los cuidados, atenciones desde el nacimiento hasta la muerte de los individuos), como del mantenimiento de los objetos (desde su conservación hasta su reparación). En definitiva, el producto social incluye la totalidad de objetos y servicios realizados, que implican una transformación material, una modificación de las condiciones físicas, que afectan tanto a hombres y a mujeres como a los objetos.

La producción social mínima de cualquier sociedad exige la obtención y disponibilidad de las mínimas condiciones necesarias de vida de los sujetos sociales. Es decir, de aquellas que permiten la existencia biológica de las mujeres y de los hombres, incluyendo la reproducción biológica, el mantenimiento de las criaturas y la disponibilidad de alimentos y de condiciones de protección en general. Ello involucra tanto a la producción de los objetos, directamente destinados al consumo-uso de los individuos (los alimentos, atenciones y cuidados, recursos higiénicos y sanitarios, vestuario, instalaciones y edificaciones necesarias), como a la producción de los objetos necesarios para esa producción (materia base y medios de trabajo). Debemos precisar que al referirnos a las condiciones mínimas, no damos por supuesto que se trate del mínimo para cubrir las necesidades biológicas completas de todos los sujetos sociales de una realidad, lo que supondría un planteamiento netamente idealista, ya que una parte de los mismos pueden sobrevivir en condiciones de miseria o, directamente, morir por carencias básicas, sino a las condiciones mínimas para la que la vida sea como es, para los sujetos reales.

Además de la producción de esas mínimas condiciones, la producción social abarca la totalidad de objetos y servicios destinados al conjunto de actividades sociales, incluyendo productos destinados al consumo-uso individual, así como al conjunto de actividades políticas e ideológicas. Todo el amplio abanico de tareas asociadas a la obtención y mantenimiento de la producción material de una sociedad constituye el trabajo económico realizado por los sujetos sociales. Y las actividades productivas, que

conlleven una transformación material de las condiciones físicas de sujetos sociales y de objetos conforman el ámbito de las prácticas económicas de una sociedad.

Junto con los trabajos económicos y las prácticas económicas, para completar la definición del trabajo social necesario para la reproducción de una situación social determinada, debemos considerar también los trabajos político-ideológicos y, consecuentemente las prácticas político-ideológicas en las que acontecen. Evidentemente, nos referimos a la reproducción de la situación social, incluyendo todas las políticas e ideologías derivadas de la existencia de grupos sociales que pueden responder a intereses dispares y/o antagónicos, en particular cuando estamos ante situaciones donde se han impuesto relaciones de dominio y explotación. Políticas e ideologías vinculadas, en tal caso, a diferentes colectivos sexuales cuando se implantan relaciones patriarcales, y a diferentes clases sociales cuando se constituyen relaciones basadas en privilegios oligárquicos y/o hereditarios.

En cuanto a las tareas políticas, se corresponden con el conjunto de prácticas destinadas a la gestión de la producción social y a las decisiones tomadas sobre los sujetos sociales. Para tal fin se pueden recurrir a diferentes tipos de mecanismos: de imposición-coerción, de mediación y/o de consenso-acuerdo. Mecanismos en los que pueden estar implicadas actividades tales como: toma de decisiones y definición de normas, prácticas de afiliación o de adscripción de individuos, transmisión de decisiones y normas, sanciones bajo la forma de premios-castigos, supervisión de directrices, vigilancia de los objetos y de los individuos, ejercicios de violencia directa (imposición coercitiva de las políticas), o bien de violencia indirecta. La violencia como política de reproducción social ya ha sido analizada en otro lugar (Escoriza Mateu, 2008).

Prácticas políticas necesarias en toda sociedad son aquellas que organizan la distribución de la producción social, ya que ésta (la producción social) se asienta sobre decisiones y sobre criterios políticos. Criterios que se formalizan en ciertas normas sociales (en forma de leyes, pero mayoritariamente en forma de costumbres), tales como los derechos simétricos en relaciones de reciprocidad o los derechos de privilegios en las relaciones de explotación.

En cuanto a las tareas ideológicas conllevan una serie de actuaciones sociales que están vinculadas a esferas como puedan ser (a) la construcción y transmisión de los valores morales y normativos (los principios axiomáticos sobre lo correcto-incorreto, o sobre el bien-mal), que se pueden plasmar en los códigos de hábitos, costumbres o leyes, (b) los sistemas de creencias (basadas en prejuicios o en una fe indemostrable) sobre el mundo social, físico o ficticio (metafísico, mítico o legendario), (c) los relatos justificativos o cuestionadores de un determinado orden social, (d) el valor de las cosas (razones del precio de compra-cambio, criterio estético, criterio de homogeneidad-homologación), (e) el valor de las actividades de los sujetos sociales, individualmente o corporativamente (“prestigio” de las acciones, estimación de comportamientos), (f) la codificación de signos y el significado de los símbolos, (g) los cánones sobre el cuerpo de hombres y mujeres (indicadores de “belleza” ideal, pautas estéticas y criterios de normalidad), (h) los conceptos que sustentan las clasificaciones sociales (de los sexos y de otras categorías sociales), o (i) las justificaciones sobre la identidad de los grupos sociales (que pueden recurrir a esencias biológicas o seleccionar mecanismos de filiación o de admisión).

Además, la obtención y transmisión de conocimientos e información sobre la realidad (del mundo físico o de la sociedad), incluyendo las actividades científicas y su comunicación, constituyen actividades transversales a las prácticas económicas y político-ideológicas. Esto es así, ya que pueden formar parte de actividades técnicas y económicas o de actividades políticas, e incluso actuar como mecanismo de cuestionamiento o de refuerzo de las actividades de naturaleza ideológica.

En definitiva, con el conjunto de actividades sociales en las prácticas económicas y político-ideológicas, podemos establecer el conjunto del trabajo social que se desarrolló o se desarrolla en una situación social. Ahora bien, el factor clave para entender las bases que priorizan las relaciones sociales, lo encontraremos en las condiciones reales de acceso por parte de los distintos colectivos a los beneficios de la producción social. Es decir, en qué medida, cada colectivo social accede a los objetos y servicios materiales producidos en los trabajos económicos, gestionados por las políticas y justificados por las ideologías. Creemos que la producción social sólo se puede explicar desde ese lugar, es decir desde la realidad del consumo-uso de lo producido, desde la realidad de a quiénes y porqué benefician los trabajos que se realizan en una sociedad concreta, ya que en definitiva, la economía política se gestiona para proporcionar unos elementos materiales, en forma de objetos o de servicios, a unos hombres y mujeres reales, que también son, finalmente, productos sociales, desde su gestación hasta su muerte. Y, en esto, convenimos con la prioridad de abordar desde aquí, desde las necesidades y satisfacciones que proporciona lo consumido-usado a los individuos sociales (Kropotkin, 1892:177), todo planteamiento referido a los mecanismos de la producción material y de la reproducción social, es decir las relaciones implicadas en el trabajo social.

4. PARA LA VISIBILIZACIÓN DE LAS MUJERES EN EL PASADO

Hemos querido dar un espacio propio y hacer un breve recorrido (pues es un tema ya ampliamente abordado en trabajos recientes) en relación con algunas de las propuestas que en las últimas décadas han surgido acerca de la posibilidad de analizar la realidad de las mujeres del pasado (Escoriza Mateu, 2007, 2008). Sin embargo, nuevamente creemos necesario contextualizar dichas aportaciones, pues éstas acontecen en la actualidad, en un momento en que el colectivo femenino se encuentra especialmente expuesto ante un sistema perverso, bajo la hegemonía del Capital global, que conlleva una reorganización profunda de la producción a escala mundial. Un modelo capitalista que ha comenzado a resquebrajarse, dónde nuevamente las mujeres constituyen uno de los grupos sociales más perjudicados, explotados, marginalizados e incluidos.

Todo ello, a pesar de la escenografía en torno a un insistente y adecuado *inclusivismo* de tipo institucional, que con *voz en off* apela a una cada vez mayor preocupación hacia las mujeres y a la pronta solución de las problemáticas que las apremian desde hace tiempo: pobreza, explotación, violencia.... Realidades que, lamentablemente, no están siendo afrontadas ni por organismos institucionales estatales o supraestatales, ni por las organizaciones políticas tradicionales (partidos políticos y sindicatos oficiales), ni por algunos feminismos que se limitan a reproducir las ideas dominantes, tanto en los ámbitos académicos como mediáticos, donde el pensamiento patriarcal sigue siendo

hegemónico. Instituciones, organizaciones políticas y feminismos “agradecidos” que parecen haber olvidado la historia vivida y padecida durante siglos por gran parte de las mujeres, y por numerosos colectivos sociales, sometidos a las condiciones impuestas por los grupos dominantes beneficiarios de las relaciones de poder implantadas. Instituciones y organizaciones que, en busca de una igualdad mal entendida y mal pactada con los *Otros*, obvian la urgente necesidad de que sean las propias mujeres quienes re-construyan sus tiempos (pasado-presente-futuro). Instituciones, organizaciones y feminismos que olvidan que no puede existir igualdad sino teniendo en cuenta las diferencias, a la vez que erradicando las condiciones de subordinación, de dependencia y de apropiación del trabajo y la riqueza de una mayoría para el provecho material de un reducido número de beneficiados y beneficiadas.

En el caso de nuestra disciplina, la Arqueología, somos conscientes del privilegio (y también de las limitaciones) de la misma, en cuanto a poder acceder al conocimiento de las condiciones objetivas de las sociedades del pasado y de la necesidad de sexuar éste, como hemos manifestado en numerosos trabajos (Escoriza Mateu, 2002). Para tal fin contamos con un gran número de técnicas que nos permiten obtener una variada información. Ahora bien, si queremos dar una dimensión sociológica a nuestras investigaciones deberemos ir más allá de la mera descripción y acumulación de datos empíricos y acceder a las condiciones materiales reales vividas por todos los colectivos sexuales y sociales. Algo que es válido para el pasado tanto como para el presente.

Sabemos que en las últimas décadas han empezado a surgir nuevas y sugerentes propuestas de estudio en relación con los grupos sociales y sexuales del pasado. Algunas de éstas, afines a enfoques materialistas y feministas, nos revelan la existencia de vías alternativas desde las que denunciar, no sólo aspectos variados de la sociedad actual, sino también de ese supuesto “orden natural” en que la ideología patriarcal insiste que acontece desde los orígenes de la humanidad, generando un *corpus* de referencia teórico y metodológico cada vez mayor (Escoriza Mateu, 2002; Vila Mitjà, 2002; Sanahuja Yll, 2002; Castro Martínez *et al.*, 2002, 2003, 2004, 2006; Castro Martínez y Escoriza Mateu, 2005, 2006).

Sin embargo, comenzamos a sentir cierto hastío ante determinadas propuestas que vienen realizándose y que ya hemos analizado en otros lugares (Castro Martínez y Escoriza Mateu, 2006; Escoriza Mateu, 2007). Sin duda, el oportunismo académico y la facilidad que los feminismos institucionales y de estado encuentran para progresar dentro de los “salones patriarcales” ha contribuido a generar y afianzar la proliferación de visiones simplistas, moralistas, reduccionistas, burguesas, estereotipadas y altamente ambiguas, hacia este tipo de trabajos y los sujetos en relación con los mismos. Así, se generan ficciones en las que cualquier interpretación es considerada como factible bajo la conocida fórmula del “todo vale”, que conduce a obviar la necesidad de contar con pruebas materiales donde apoyar las formulaciones. Definitivamente, el llamado “empoderamiento femenino” parece haber restado lucidez a muchas colegas que deben ver más rentable *actuar* sobre los escenarios que afianzar su conocimiento sobre los grupos sociales y sexuales del pasado. Trabajos que se centran en divagaciones ideales, abstractas o históricas al incorporar una “perspectiva de género”.

Dentro de este panorama destaca una modalidad singular, la que denominamos de tipo “cuenta cuentos”, que nos ofrecen versiones aparentemente sugerentes y variadas

cuyo fin es despertar la empatía hacia un pasado más lejano que siempre se piensa fue mejor. Este modo de hacer es muy usual entre ciertas *Arqueologías del Género*, y ha dado lugar a todo un comité de expertas en políticas de género e igualdad (mal entendida), cuya labor va más allá de los estrictos ámbitos de la academia. Nos referimos a que sus discursos se hacen extensibles a otros ámbitos donde suelen tener muy buena acogida en relación con temas como la conservación del patrimonio, la educación y talleres de formación, las exposiciones o los museos.

Algunas de estas propuestas parecen necesitar de la muerte de la razón, hasta el punto de reivindicar la intuición como método prioritario de conocimiento. En definitiva, aportaciones fragmentadoras de la realidad social en las que un individualismo de tipo nominalista es constantemente reivindicado, a costa de negar las diferencias y evitar lo inapropiado que parece suponer hablar, por ejemplo, de la existencia de mecanismos de explotación en el pasado (o en el presente). Estamos ante los llamados feminismos de Estado y que en el caso de la Arqueología son una opción casi generalizada, por el momento. Un ejemplo de este modo de hacer lo hallamos en el tratamiento que se le da a la denominada *Arqueología de los Cuidados*, y que vamos a considerar a título de ejemplo.

Como sucede con otras temáticas abordadas desde la Arqueología en los últimos tiempos se han generado distintas marcas: *Arqueología de la Violencia*, *Arqueología de la Arquitectura*, *Arqueología de la Infancia*, *Arqueología de la Vida Cotidiana*, *Arqueología de los Sentimientos*, *Arqueología del Trabajo*. Dentro de este tipo de marcas de moda, tan bien acogidas entre algunos sectores de nuestra disciplina, ha adquirido gran auge la llamada *Arqueología de los Cuidados*. En este campo, la mayoría de los casos constituyen enfoques fragmentarios que dispersan y que pueden llegar a confundir, debido a la ambigüedad que en sí mismas llevan implícitas tales denominaciones. ¿Qué significa investigar acerca de una *Arqueología de los Cuidados*?, ¿a qué cuidados nos referimos?, ¿de quiénes parten?, ¿quiénes son las cuidadas y los cuidados? y ¿quiénes quedan excluidas y excluidos?. ¿Existen relaciones de reciprocidad o explotación en los trabajos de cuidados? (aspecto éste que nunca se menciona). Como vemos, quedan en el aire un sinfín de cuestiones, lo que intenta paliarse con meras descriptivas estereotipadas de marcada raíz esencialista y sin una base empírica real donde apoyarse. En la mayoría de los casos, éstas surgen desde la ausencia de una propuesta teórico-metodológica lógicamente estructurada (Escoriza Mateu y Castro Martínez, 2009).

Parece que hubiéramos olvidado que detrás de los objetos existen sujetos (mujeres y hombres), que son quienes realizan el trabajo social, dejándonos seducir por un “sexto sentido” que fragmenta y extrapola aspectos diversos de la realidad material de los lugares de prácticas sociales donde acontecen. Así, la Arqueología parece abocada a tratar temas sólo en sí mismos, desde una perspectiva no relacional y que ronda las consabidas aproximaciones de cariz nominalista y esencialista. Todo ello conduce al olvido de una ecuación fundamental: la vida social se constituye gracias a las redes de relación que se establecen entre mujeres, hombres y objetos, dónde el trabajo es el motor fundamental. De ahí, que apostemos por enmarcar las actividades de cuidados hacia los sujetos (mujeres y hombres) desde el trabajo, como una actividad económica más, como trabajo de Producción de Mantenimiento de Sujetos (Castro Martínez y Escoriza Mateu, 2005; Escoriza Mateu, 2002).

Sin embargo, la Arqueología en general sigue estando llena de prejuicios en todo lo tocante a este tipo de problemáticas. Así, temas como la división sexual del trabajo, o los llamados trabajos de cuidados y atenciones son contemplados como algo inalcanzable para nuestra disciplina. Por eso se hace necesario reflexionar sobre toda una serie de presunciones que parecen inamovibles. En primer lugar, no es real el nexo de exclusividad establecido por algunas autoras y algunos autores entre este tipo de trabajos, el colectivo femenino (y por ende con la esencia femenina) y el mal llamado ámbito doméstico-familiar-privado. La cuestión es que no hay indicadores válidos para afirmar que las mujeres como colectivo, desde los orígenes de la humanidad, sean las cuidadoras de la comunidad, y que no existiese una división del trabajo en función del sexo diferente a la que desde un momento determinado los textos escritos y algunos datos etnográficos parecen aportar. A fin de cuentas, desconocemos la mayor parte de las realidades sociales *prehistóricas*, y es ahí donde queda mucho aún por investigar. Y la definición de los contextos domésticos exige tener una clara conceptualización y una expresión material que podamos documentar arqueológicamente (Castro Martínez *et al* 2003b; 2010).

Tampoco nos parecen viables las afirmaciones de algunas autoras que determinan que, la mayor evidencia de que las mujeres por naturaleza sean las grandes cuidadoras a través de los tiempos, es que en la actualidad son las encargadas de hacerlo. Se trata nuevamente de dar rienda suelta al presentismo. Además, la Producción de Mantenimiento de Sujetos no debería quedar enmarcada estrictamente en el ámbito de lo personal, ya que su repercusión es social, al hallarnos ante trabajos económicos de los que se beneficia toda la sociedad. Trabajos gracias a los cuales los individuos se socializan de manera idónea, muchos de ellos repetitivos hasta el final del ciclo de sus vidas. Además, dichas actividades pueden ser realizadas en diferentes lugares sociales. Así, por ejemplo, la atención, afecto, cuidado y preocupación hacia otros sujetos sociales en cualquier ámbito de trabajo extradoméstico también debe ser considerado como trabajo de mantenimiento de sujetos.

Otra cuestión importante sobre la que reflexionar, generalmente no abordada, sería: ¿se emplea el mismo baremo para estimar el tiempo de trabajo y esfuerzo empleado para los dos sexos en las actividades de mantenimiento?, ¿en todas las sociedades el mantenimiento de otros sujetos ha estado sometido a un orden establecido en función del sexo?, ¿existe una medida del tiempo ideológica y no real sobre estas actividades? En lo que no cabe duda es en que no sólo el producir vida es un trabajo económico del que se beneficia toda la sociedad sino que también es trabajo el hecho de mantenerla. El problema es que no se han desarrollado investigaciones en profundidad sobre este tipo de actividades, apelándose continuamente a la imposibilidad de hallar indicadores arqueológicos relevantes al respecto, y acentuándose con una marcada tendencia a naturalizar las prácticas sociales, sobre todo femeninas. Esta última circunstancia ha conducido a que en ocasiones se afirme que se trata de tareas enmarcadas en el ámbito “emocional”, de los afectos, y en el mero voluntarismo, alejadas siempre de la esfera económica. Tareas propiamente femeninas que devienen de la generosidad de la madre, hermana, concubina..., pero nunca consideradas como trabajo. Desde la Arqueología no podemos acceder al campo de las emociones, de los afectos personales,

de los sentimientos y de la psicología, pero ello no es un obstáculo para realizar una aproximación a la realidad de las tareas realizadas.

En definitiva, para conocer la realidad de las condiciones del trabajo en el mantenimiento y cuidado de los individuos, necesitamos abordar conjuntamente el estudio de todo el marco económico y político-ideológico en que se concretaron las relaciones sociales en una determinada situación histórica. Por ello, resulta imprescindible emprender proyectos de investigación sobre las evidencias materiales de formaciones sociales concretas. Las condiciones en las que en una situación histórica se llevaron a cabo las tareas de gestación, parto y cuidado de criaturas y las tareas de atenciones y cuidados al conjunto de mujeres y hombres, deben explicarse desde la realidad de la reproducción social y de la existencia o no de relaciones de dominio y explotación entre colectivos sexuales y sociales. Con esto queremos decir que las formas que éstas adoptan en una determinada formación social no pueden hacerse extensivas a otros contextos históricos, en los que las políticas de reproducción social pudieron ser muy diferentes.

Igualmente, es imprescindible atender a dimensiones importantes de la reproducción social, que condicionaron las posibilidades materiales de desarrollar las tareas de cuidados y mantenimiento. En primer lugar es fundamental conocer las trayectorias demográficas, siempre asociadas a las cargas reproductivas que asumieron las mujeres, así como a las posibilidades de mantener con vida a las criaturas. En segundo lugar, es básico conocer las condiciones de la producción de alimentos y de otros productos que permitieran el sostenimiento y la calidad de la vida de los individuos. En tercer lugar, sería necesario conocer las técnicas disponibles a nivel médico preventivo, paliativo y curativo que se conocían para saber en qué medida los cuidados contaban con un soporte que hiciera más o menos efectivas las tareas de cuidados. También sería crucial conocer las condiciones de salubridad e higiene en los espacios de vivienda, así como la disponibilidad de agua o la existencia de riesgos endémicos para la salud (riesgos de contagio, especies transmisoras de enfermedades, condiciones que favorezcan las infecciones), para valorar en qué medida los peligros inherentes a la habitabilidad de los asentamientos incrementaban o no las necesidades de tareas de mantenimiento. Y, por señalar solo una cuestión más, también sería imprescindible conocer cómo se desarrollaba la vida cotidiana de los sujetos, en cuanto a las cargas laborales que soportaban, sobre todo en lo que respecta a los riesgos de accidentes o al deterioro derivado de sobrecargas laborales en condiciones de relaciones sociales de explotación, antes de entender en qué medida las tareas de mantenimiento podrían conllevar una mayor o menor exigencia para mantener un determinado nivel de calidad de vida.

AGRADECIMIENTOS

Este texto es fruto de nuestra experiencia y nuestra reflexión, en conjunción con las lecturas realizadas, no todas mencionadas en la bibliografía, y con las discusiones realizadas con muchas otras personas, arqueólogas y arqueólogos, o ajenas a nuestra disciplina. A todas nuestro agradecimiento.

También debemos agradecer a nuestra praxis arqueológica, que se desarrolla gracias a proyectos financiados en convocatorias públicas, la posibilidad de enfrentarnos a las condiciones que el registro material de las sociedades del pasado nos ofrece. Estos proyectos nos proporcionan la posibilidad de realizar una investigación sobre las evidencias materiales de formaciones sociales concretas, que consideramos imprescindibles. En este momento nuestra praxis se vincula a las investigaciones sobre las comunidades prehistóricas del Sudeste ibérico, que se vienen desarrollando con financiación de la Subdirección General de Proyectos de Investigación (Referencia MEC del Proyecto: HUM2006-12595/HIST, con cofinanciación FEDER), así como a las investigaciones sobre los grupos prehistóricos de la región andina, posibles gracias a la financiación del Ministerio de Cultura (Programa de Proyectos Arqueológicos en el Exterior, 2005-2009) y de la Subdirección General de Proyectos de Investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación (Referencia MICINN: HAR2009-12625).

Estos proyectos son posibles gracias al encuentro con investigadores e investigadoras, que colaboran en el grupo de investigación ABDERA (Junta de Andalucía, referencia HUM-145) y en el grupo de investigación ACAIA (UAB, referencia UAB-1747), a quienes también debemos agradecer las experiencias logradas en los últimos años.

Damos también las gracias al Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada por facilitarnos la posibilidad de publicar este texto, y de manera muy especial a Juan Antonio Cámara Serrano, con quien hemos encontrado lugares compartidos presentes y también en futuro, y a quien debemos reconocer su infinita comprensión en relación a la preparación de este manuscrito.

Finalmente, no podemos dejar de agradecer a M^a Encarna Sanahuja Yll, recientemente desaparecida de manera inesperada, los años, las alegrías y los afectos compartidos y su incansable capacidad para incentivar la crítica ante estereotipos, dogmas y jerarquías académicas. Esperemos seguir en su estela. A su recuerdo queremos dedicar este trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

- BARTRA, R. (1969): *El modo de producción asiático*, Era, México.
- BATE, L.F. (1982): *Sociedad, Formación Económico-Social y Cultura*, Ediciones de Cultura Popular, México.
- BINFORD, L.R. (1968): *New Perspectives in Archaeology*, Aldine Press, Chicago.
- BINFORD, L.R. (1977): *For theory building in archaeology*, Academic Press, New York.
- CARANDINI, A. (1975): *Archeologia e cultura materiale. Lavori senza gloria nell'antichità clásica*, De Donato, Bari (*Arqueología y cultura material*, Mitre, Barcelona, 1984).
- CASTRO MARTÍNEZ, P.V. (1993): *La Península Ibérica entre 1600-900 cal ANE (Una situación histórica entre dos mitos: De El Argar a Tartessos)*, Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, "Tesis Doctorals".
- CASTRO MARTÍNEZ, P.V. (2000): "Arqueología del colonialismo", *European Journal of Archaeology* 3, pp. 281-283.
- CASTRO MARTÍNEZ, P.V. y ESCORIZA MATEU, T. (2005): "Trabajo y sociedad en Arqueología. Producciones y relaciones *versus* orígenes y desigualdades", *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 7, pp. 131-147.
- CASTRO MARTÍNEZ, P.V. y ESCORIZA MATEU, T. (2006): "Labour, inequality and reality. Arguments not to perpetuate fictions about Prehistory", *Approaches to Social Inequality in Iberian Recent Prehistory* (Díaz del Río, P y García Sanjuán, L. eds), British Archaeological

- Reports. International Series 1525, Archaeopress, Oxford, pp. 17-31.
- CASTRO MARTÍNEZ, P.V., CHAPMAN, R.W., GILL, S., LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE, C., RISCH, R. y SANAHUJA YLL, M^a E. (1996): "Teoría de las Prácticas Sociales", *Complutum-Extra* 6 (*Homenaje al profesor M. Fernández-Miranda*), vol. II, pp. 35-48.
- CASTRO MARTÍNEZ, P.V., GILI, S., LULL, V., MICO, R., RISCH, R., RIHUETE, C., y SANAHUJA YLL, M^a E. (1998): "Teoría de la producción de la vida social. Un análisis de los mecanismos de explotación en el Sudeste peninsular (c. 3000-1550 cal ANE)", *Boletín de Antropología Americana* 33, pp. 25-78.
- CASTRO MARTÍNEZ, P.V., ESCORIZA MATEU, T. y SANAHUJA YLL, M^a E. (2002): "Trabajo y Espacios Sociales en el Ambito Doméstico. Producción y prácticas sociales en una unidad doméstica de la Prehistoria de Mallorca", *Geocritica-Scripta Nova* VI, 119 (10). URL: <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn119-10.htm>.
- CASTRO MARTÍNEZ, P.V., ESCORIZA MATEU, T.; SANAHUJA YLL, M^a E. (2003a): "Trabajo, Reciprocidad y Explotación. Prácticas sociales, sujetos sexuados y condiciones materiales". *El Recurso a la Reciprocidad (Cultura y Política. IX Congreso de Antropología, Barcelona, septiembre 2002)* (Larrea, C., Molina, J.L. y Terradas, I. Eds), Institut Català d'Antropologia, Barcelona, URL: http://www.ub.edu/reciprocitat/GER_WEB_CAS/Actividades/Actividades%20Simposio%202002/Ponencia-Castro-Escoriza-Sanahuja.pdf.
- CASTRO MARTÍNEZ, P.V., ESCORIZA MATEU, T. Y SANAHUJA YLL, M.E. (2003b): *Mujeres y Hombres en Espacios Domésticos. Trabajo y Vida Social en la Prehistoria de Mallorca (c. 700-500 cal ANE). El Edificio Alfa del Puig Morter de Son Ferragut (Sineu, Mallorca)*, British Archaeological Reports. International Series 1162, Archaeopress, Oxford.
- CASTRO MARTINEZ, P.V.; ESCORIZA MATEU, T. y SANAHUJA YLL, M.E. (2004): "A la Búsqueda de las Mujeres y de los Hombres (Sujetos Sociales, Espacios Estructurados y Análisis de Materiales en el Proyecto Arqueológico de Son Ferragut)", *Avances en Arqueometría 2003* (Feliu Orteja, M.J. et al. Eds), Universidad de Cádiz, Cádiz, pp. 251-259.
- CASTRO MARTÍNEZ, P.V., ESCORIZA MATEU, T., FREGEIRO MORADOR, M.I., OLTRA PUIGDOMENECH, J., OTERO VIDAL, M., SANAHUJA YLL, M.E. (2006a), *Contra la Falsificación del Pasado Prehistórico. Buscando la Realidad de las Mujeres y los Hombres Detrás de los Estereotipos*, Instituto de la Mujer, Madrid, URL: http://www.mtas.es/mujer/mujeres/estud_inves/649.pdf.
- CASTRO MARTÍNEZ, P.V., ESCORIZA MATEU, T. y OLTRA PUIGDOMENECH, J. (2006b): "Sociological Hypotheses for the Communities of the Iberian Mediterranean Basin (From the VI to II millennium BC)", *Approaches to Social Inequality in Iberian Recent Prehistory* (Díaz del Río, P. y García Sanjuán, L. Eds), British Archaeological Reports. International Series 1525, Archaeopress, Oxford, pp. 117-132.
- CASTRO MARTÍNEZ, P.V., DE LA TORRE ZEVALLOS, J.C., ESCORIZA MATEU, T., GODOY, M.C., LAPI, B., NAVARRO, I., ZAVALA, J.C. (2009): "Trabajo, Producción y Cerámica. Sociología de la alfarería Paracas: Ocucaje y Tajo", *Estudios Atacameños* 37, pp. 139-155. URL: <http://www.scielo.cl/pdf/eatacam/n37/art09.pdf>.
- CASTRO MARTÍNEZ, P.V., ESCANILLA ARTIGAS, N., ESCORIZA MATEU, T., OLTRA PUIGDOMENECH, J. y SARKIS FERNANDEZ, D. (2010): "Unlike Communities: Domestic Architectural Duality in Recent Prehistory of the Western Mediterranean", *Conceptualising Spaces and Place On the role of agency, memory and identity in the construction of space from the Upper Palaeolithic to the Iron Age in Europe* (A.M.S. Bettencourt, M.J. Sanches, L. B. Alves & R. Fabregas Valcarce, eds-). British Archaeological Reports. International Series 2058, Archaeopress, Oxford, pp. 143-152.
- CHAPMAN, R.W. (2003): *Archaeologies of Complexity*, Routledge, London.
- CHILDE, V. G. (1929): *The Danube in Prehistory*, Clarendon Press, Oxford.
- CHILDE, V. G. (1947): *History*, Cobett Press, London (*Teoría de la Historia*, La Pléyade, Buenos Aires, 1976).
- CHILDE, V.G. (1951): *Social Evolution*, Pittman, London (*La Evolución Social*, Alianza Editorial, Madrid, 1984).
- CLARKE, D. L. (1968): *Analytical Archaeology*. Methuen, London.
- CLARKE, D.L. (1973): "Archaeology: the loss of Innocence", *Antiquity* 47, pp. 6-18.

- CONKEY, M.W. y SPECTOR, J (1984): "Archaeology and the study of gender", *Archaeological Method and Theory* 7, pp. 1-38.
- DURÁN, E. (1979): "Estado y Nación. El concepto de <Pueblo> en Hegel", *Dialectica* 4:7, pp. 43-58.
- DURKHEIM, E. (1893): *De la division du travail social*, F. Alean, París (*La División del Trabajo Social*, Akal, Madrid, 1982).
- ENGELS, F. (1891): *Der Ursprung der Familie, des Privateigentums und der Staats* (4ª ed), Dietz Verlag, Stuttgart (*El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, en Marx, K. y Engels, F. *Obras Escogidas*, Editorial Progreso, Madrid, 1973, vol. III. pp. 203-351. URL: <http://www.ucm.es/info/bas/es/marxeng/84of/84OF.htm>).
- ESCORIZA MATEU, T. (1995): "La arqueología como ciencia social. El materialismo histórico como alternativa de estudio de las sociedades prehistóricas", *Homenaje a la Profesora Esther Jimeno López* (Martínez López, J.M. y N. Yuste, N. Eds), Universidad de Almería, Almería, pp. 123-136.
- ESCORIZA MATEU, T. (2002): *La representación del cuerpo femenino. Mujeres y arte rupestre Levantino del arco mediterráneo de la Península Ibérica*, British Archaeological Reports. International Series 1082, Archaeopress, Oxford.
- ESCORIZA MATEU, T. (2006): "Desigualdad, Diferencia e Identidad. Reflexionando sobre algunos conceptos desde la Arqueología Prehistórica", *Feminismos Periféricos. Discutiendo las categorías sexo, clase y raza (y etnicidad) con Floya Anthias* (Rodríguez López, P. ed), Editorial Alhulia, Granada, pp. 247-265.
- ESCORIZA MATEU, T. (2007): "Desde una propuesta Arqueológica Feminista y Materialista", *Complutum* 18, pp. 201-208.
- ESCORIZA MATEU, T. (2008): "Patriarchy and Ideology in the Rock Art of the Iberian Mediterranean Basin", *Prehistoric Art and Ideology (Proceedings of the XV World Congress UISPP, Lisboa, 2006)* (Anti, E. Ed.), British Archaeological Reports. International Series 1872, Archaeopress, Oxford, pp. 53-59.
- ESCORIZA MATEU, T. y CASTRO MARTÍNEZ, P.V. (2009): "Cuidándonos: mantenimiento de mujeres y hombres en las sociedades ágrafas", *Identidades femeninas en un mundo plural* (Jaime de Pablos, Ed.), Arcibel Editores, Sevilla, pp. 203-216.
- ESCORIZA MATEU, T. y SANAHUJA YLL, Mª E. (2002): "El pasado no es neutro: el cuerpo femenino como materialidad y forma de representación social", *Las Mujeres en la Historia de Andalucía (Actas del III Congreso de Historia de Andalucía, Córdoba, 2001, Tomo II)*, Obra Social y Cultural Cajasur, Córdoba, pp. 243-258.
- ESCORIZA MATEU, T., LOPEZ MEDINA, M.J. y NAVARRO ORTEGA, A. (Eds.) (2009): *Mujeres y Arqueología. Nuevas aportaciones desde el materialismo histórico (Homenaje al Profesor Manuel Carrilero Millán)*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla.
- ESTÉVEZ, J., GASSULL, P., LULL, V., SANAHUJA YLL, M.E. y VILA MITJÀ, A. (1984): "Arqueología como Arqueología: propuesta para una terminología operativa", *Primeras Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica (Soria 1981)*, Ministerio de Cultura, Madrid, pp. 21-28.
- FRANKESTEIN, S. y ROWLANDS, M. (1978): "The Internal Structure and Regional Context of Early Iron Age Society in South-Western Germany", *Bulletin of the Institute of Archaeology of London* 15, pp. 73-112.
- HEGEL, G.W.F. (1840), *Vorlesungen über die Philosophie der Weltgeschichte* (Edición de Karl Hegel) (*Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal*, Editorial Revista de Occidente, Madrid, 1974).
- KOSSINA, G. (1911): *Die Herkunft der Germanen. Zur Methode der Siedlungsarchäologie*, Mannus-Bibliothek, Würzburg.
- KROPOTKIN, P. (1892): *La Conquête du Pain*, Stock, Paris, "Bibliothèque Sociologique" (*La conquista del pan*, Libros de Anarres, Buenos Aires, 2005).
- LAKATOS, I. (1978): *The Methodology of Scientific Research Programmes*, Cambridge University Press, Cambridge (*La metodología de los Programas de Investigación Científica*, Alianza Editorial, Madrid. 1993).
- LINTON, R. (1945): *The Cultural Background of Personality*, Appleton-Century, New York (*Cultura y Personalidad*, F.C.E, "Breviarios", 145, 1960).
- LUMBRERAS, L.G. (1974): *La Arqueología como Ciencia Social*, Histar, Lima.
- MARX, K. (1858): *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. Grundrisse 1857-1858. I*, Siglo XXI Editores, Madrid (18ª ed: 2002).

- MARX, K. (1859): "Prólogo", en *Zur Kritik der Politischen Oekonomie von Karl Marx*, Erstes Heft, Berlín (*Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política*, *Marxist Internet Archive*, 2001, URL: <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/criteconpol.htm>).
- MARX, K. (1965): *Pre-Capitalist Economic Formations* (Hobsbawn, E. ed), International Publishers, London (*Formaciones económicas precapitalistas*, Crítica, Barcelona, 1979).
- MARX, K. y ENGELS, F. (1848): "Manifiesto del Partido Comunista", *Obras Escogidas de Marx y Engels. I. 1845-1859*, Editorial Progreso, Moscú, 1974, pp. 111-140.
- MORGAN, L. H. (1877): *Ancient Society, or Researches in the Lines of Human Progress from Savagery through Barbarism to Civilization*, MacMillan, London.
- RENFREW, C. (1984): *Approaches to Social Archaeology*, Edinburgh University Press, Edinburgh.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A., MOLINOS, M., NOCETE, F. y CASTRO, M. (1986): "Concepto de producto en arqueología", *Arqueología Espacial* 7, pp. 63-80.
- SANAHUJA YLL, M.E. (1985): "Renúncia conscient a la subjectivitat: l'aplicació d'alguns mètodes quantitativs a l'arqueologia", *Cota Zero* 1, pp. 35-42.
- SANAHUJA YLL, M.E. (2002): *Cuerpos sexuales, objetos y Prehistoria*, Cátedra, Madrid.
- STALIN, J. (1938): "Sobre el materialismo histórico y el materialismo dialéctico", *Historia del Partido Comunista de la URSS* (Capítulo IV-2), Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú (Marxist Internet Archive, 2002 URL: <http://www.marxists.org/espanol/tematica/histsov/pcr-b/cap4.htm>).
- TRIGGER, B. (1989): *A History of Archaeological Thought*, Cambridge University Press, Cambridge (*Historia del Pensamiento Arqueológico*, Crítica, Barcelona, 1992).
- VARGAS, I. (1990): *Arqueología, Ciencia y Sociedad*, Abre Brecha, Caracas.
- VILA MITJA, A. (2002): "Viajando hacia nosotras", *Revista Atántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* V, pp. 325-442.
- WALLERSTEIN, I. (1974): *The Modern World-system (I). Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-economy in the Sixteenth Century*, Academic Press, New York. (*El moderno sistema mundial*, Madrid, Siglo XXI, 1979).
- WEBER, M. (1919): *Politik als beruf, wissenschaft als beruf*, Berlín (*El Político y el Científico*, Alianza Editorial, Madrid, 1998).
- WEBER, M. (1921-22), *Wirtschaft und Gesellschaft*, Tubinga (*Economía y Sociedad: Esbozo de sociología comprensiva*, FCE, México, 1944).